

Antiguamente los sacerdotes podían decir muchas misas al día, según su devoción; el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado en el año 1002, limitó á tres el número de misas para cada día y para cada presbítero; mas el papa Alejandro II, muerto en 1073, cambió esta costumbre, y solo dejó la libertad de decir tres misas durante el día de Navidad. Los sacerdotes harán bien en decirlas, mas la Iglesia no les obliga á ello, y una sola basta para cumplir con su precepto.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber enviado para rescatarnos á vuestro divino Hijo; haced que comprendamos, amemos y practiquemos las lecciones que nos da en su pesebre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia: *Divino niño Jesús, haced mi corazón semejante al vuestro.*

LECCION XXIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tiempo de Navidad.—Solicitud de la Iglesia.—Fiestas de san Estéban, de san Juan, de los santos Inocentes.—Circuncision.—Razones de esta ceremonia.—Nombre de Jesús.—Sabiduría del eterno Padre.—Nombre de Jesús, su excelencia, su significacion.—Sentimiento que debe inspirarnos.—Antigüedad de la fiesta de la Circuncision.—Aguinaldos.—Felicitaciones de año nuevo.—Práctica útil.

I. Tiempo de Navidad.—La estacion de los hielos continúa; la nieve cubre los campos; las quintas y casas de recreo están huérfanas de sus habitantes; la puerta de las cabañas se abre mas raramente; el labrador, rodeado de su familia, permanece inactivo cerca de la lumbre; los ricos se hallan reunidos en las ciudades donde se multiplican para ellos los bailes, los espectáculos y las fiestas; y mientras que el mundo empuja de placer en placer á sus ruidosos enjambres de adoradores, la Iglesia, como una tierna madre, reúne á sus hijos bajo sus alas y les guía tras el Dios de Belen. Los tiernos misterios de su santa infancia son sucesivamente ofrecidos á sus adoraciones, y en ellos encuentra el rico una leccion de caridad y un modelo de resignacion el pobre; el corazón del rico se deja conmover, porque le piden la limosna en nombre del niño Jesús, y abundantes socorros consuelan á la oscura indigencia que tirita de frio, ó que muere de hambre en su buhardilla desnuda é ignorada.

Mientras duran los rigores del invierno, la caridad del Cristianismo lucha contra el egoismo del mundo, y por esto se han multiplicado en esta estacion nuestras fiestas cristianas, de lo que resulta que la Religion ha hallado un medio de hacer practicar mayor número de buenas obras, y de dar á miles de infortunados algunos momentos de felicidad; siendo de observar que estas fiestas tienen tantos mas encantos, en cuanto existen desde la mas remota antigüedad, y el pobre sobre todo ve con placer, al remontarse á lo pasado, que sus abuelos se regocijaron en la misma época que él.



Durante la noche en que nació el Mesías, las infantiles turbas que adoran el pesebre, las iglesias iluminadas y cubiertas de flores, el pueblo que se agrupa al rededor de la cuna de su Dios, los cristianos que en una retirada capilla hacen sus paces con el cielo, los alegres gritos de *alleluia*, los cándidos villancicos, el sonido del órgano y de las campanas, nos han ofrecido un aparato lleno de encantos y de inocencia. En las casas cristianas, Belen, la gruta, el pesebre, el divino Niño, los pastores han sido por espacio de muchos dias el asunto de las relaciones del encanecido abuelo, y de las lecturas de la velada en presencia de toda la familia sentada al rededor del hogar.

Inmediatamente se suceden otras fiestas; el dia siguiente de Navidad la Iglesia celebra con gran pompa el triunfo del primero de sus Mártires; luego la fiesta del apóstol san Juan, el discípulo amado, y despues la de los santos Inocentes, la de aquellos miles de víctimas, menores de dos años, inmoladas por la crueldad de Herodes, las que, glorificadas ahora en el cielo, juegan con sus coronas de lirios y de rosas delante del altar del Cordero. La Iglesia se complace en poner á nuestra vista tan milagrosos triunfos, para manifestarnos la omnipotente virtud del Niño divino, pues él fué quien inspiró el valor á Estéban, quien encendió el hermoso fuego del amor cristiano en el corazon de Juan, y quien coronó á las inocentes víctimas de Belen; y estos gloriosos recuerdos patentizando el espíritu del Cristianismo, robustecen la fe en la divinidad del Hijo de Maria.

En esto sigue la Iglesia paso á paso las huellas del eterno Padre; á cada humillacion de su Hijo corresponde una manifestacion de su gloria; en Jesucristo jamás vemos al hombre solo, siempre aparece Dios á su lado: anonádase en el pesebre, mas las falanges celestes cantan su nacimiento; lo mismo sucederá durante todo el curso de su carrera, en el que prodigios reveladores de su divinidad acompañarán cada una de sus humillaciones. Ocho dias despues de Navidad la Iglesia reune de nuevo á sus hijos al rededor del pesebre para hacerles presenciar un tierno espectáculo; víctima del mundo, el niño Jesús se apresura á ofrecer á su Padre las primeras gotas de la sangre reparadora que debe un dia ser derramada toda en el Calvario, y sufre la dolorosa ley de la circuncision. Tal es la memorable circunstancia de la vida del Salvador que la Iglesia honra en el dia de la octava de su nacimiento.

H. Fiesta de la Circuncision. — El objeto de nuestra fe en esta fiesta es el Niño de Belen sufriendo la señal de la circuncision y recibiendo el nombre de Jesús. La razon de la ceremonia á la que el Verbo encarnado se dignó someterse en este dia, es la siguiente:

Todos los hijos de Abraham debian llevar en su carne el signo de la alianza celebrada por el Señor con aquel padre de los creyentes; el precepto de la circuncision estaba fundado en tres razones principales, y debia ser 1.º el sello de la alianza que el Señor habia contraido con Abraham; 2.º un signo que distinguiese de los demás pueblos de la tierra á los descendientes del santo Patriarca; 3.º una prenda de las bendiciones prometidas en la persona de Abraham á cuantos observasen fielmente los mandatos del Señor. Una de esas bendiciones, y la mas preciosa sin duda alguna, era la remision del pecado original, no obrada por la propia virtud de la circuncision, sino por la fe en la Pasion de nuestro Señor, de que aquella era el símbolo; saludable fe que profesaba el adulto por sí mismo al sufrir la circuncision, y los padres por el niño. Sin embargo el niño circuncidado que moria no entraba por esto en el cielo, sino que debia esperar la ascension de nuestro Señor <sup>1</sup>.

La circuncision se verificaba ocho dias despues del nacimiento del niño, siendo la costumbre cumplir este deber no en el templo, sino en las casas particulares; para esta ceremonia no eran nece-

<sup>1</sup> Circuncisio instituta erat ad remedium originalis peccati. In circuncisione conferebatur gratia non ex virtute circuncisionis, sed ex virtute fidei Passionis Christi, cujus signus erat circuncisio: ita scilicet quod homo, qui accipiebat circuncisionem, profitebatur se suscipere talem fidem vel adultus pro se, vel alius pro parvulis. (D. Thom. 3 p. q. 38, art. 3; id. q. 70, art. 4). Eugenio IV es de la misma opinion, *in decret. ad Arm.* El papa Inocencio III se expresa en estos términos: Quoniam etsi originalis culpa remittebatur per circuncisionis mysterium, et damnationis periculum vitabatur, non tamen perveniebatur ad regnum cœlorum, quod usque ad mortem Christi fuit omnibus observatum. (*In decretal. majores*). Valde probabile est quod docet Sebastianus episcopus Oxoniensis, et ex eo Suarez, 3 p. q. 70, d. 29, sect. 2: scilicet circuncisionem, quatenus ipsa fuit remedium, quo remittebatur peccatum originale, et professio fidei de Christo venturo potuisse esse in usu omnium gentium; patuerunt enim ipsæ hoc signum eligere inter alia, quod sine dubio validum erat ad talem effectum, si ea intentione fieret, quamvis non fieret cum intentione profitendi Judaismum, seque illi populo adjungendi. Itaque tales circuncisione expiabantur à peccato originali, non vero obligabantur ad legem mosaicam. (Corn. Alapid. *in Gen.* xvii, 10. Véase tambien á san Bernardo, *De Baptismo*).



sarios sacerdotes ni levitas, pues ordinariamente era el padre el ministro, y algunas veces la madre <sup>1</sup>. San Epifanio, natural de Palestina, y mejor instruido que otro en las sagradas tradiciones de su país, dice expresamente que el Salvador fué circuncidado en el establo de Belen <sup>2</sup>, y segun todas las probabilidades por mano de la santísima Virgen ó de san José. Jesús, en su calidad de Dios, podia dispensarse de la dolorosa ceremonia de la ley mosaica, mas quiso someterse á ella por varias razones, dignas todas de su sabiduría y de su amor.

1.º Sujetando á ella su sagrada persona, anulaba de un modo honroso un rito que solo habia establecido Dios por algun tiempo.

2.º Con ello probaba que realmente tenia un cuerpo humano y confundia de antemano los sofismas de la herejía que á pesar de la evidente prueba de los dolores y de las acciones de su vida mortal debia un dia negar su realidad.

3.º Manifestando que era hijo de Abraham, de quien debia descender el Mesías, prevenia las objeciones que hubieran podido hacerle los judíos, negándole la divina calidad de Mesías, bajo el pre-

<sup>1</sup> Genes. xvii, 12; Exod. iv; I Machab. i.

<sup>2</sup> Natus est in Bethlehem, circumcisis in spelunca, oblatus in Jerusalem, in ulnas acceptus à Simeone. (S. Epiph. *Hær.* 20). — Creemos que nuestros lectores verán con gusto que traslademos aquí la historia de los primeros años de Jesucristo, tal como la refiere san Epifanio, pues sirve para allanar muchas dificultades que embarazan á los comentadores: «Anno Herodis XXXIII (seu «VIII ante æram vulgarem) Bethlehemi in Judæa Salvator nascitur, atque in «specu circumcisis, Hierosolymis oblatus est; ibique à Simeone inter brachia «susceptus, et ab Anna, Phanuelis filia, Prophetissa prædicatus, Nazarethum «deportatus est. Tum anno sequenti Hierosolymis se coram Deo representavit: atque inde Bethlehemum propter generis propinquitatem à matre delatus «est. Sed rursus Nazarethum rediens anno altero vertente (VI nempe ante æram «vulgarem) Hierosolymam Bethlehemumque, gestante matre, perductus est. «Bethlehemi porro cum ad ædes quasdam cum matre et Josepho divertisset, «qui jam grandis natu cum Maria degebat, secundo ab nativitatis anno à Magis «adorandi causa conventus, ac donis ornatus est. Eadem vero nocte, cum Jo- «sephus per somnium ab Angelo esset admonitus, in Ægyptum transfertur, «Herodis anno XXXV. Unde rursus, post biennium mortuo jam Herode, ac suc- «cedente Archelao, revertitur. Quare necesse est XXXVII Herodis anno quar- «tum ætatis suæ puerulum egisse, cum Herodes, inquam, septem ac triginta «confectis annis vivendi finem habuit. Post hunc Archelaus novem annis impe- «ravit; quo regnum ineunte Josephus ex Ægypto cum Mariâ et puero digres- «sus, ubi Archelaum imperare didicit, in Galilæam secessit, ac tum Nazarethi «concedit. (*Hæres.* t. I, *Hæres.* 20. — *Id. Hæres.* 51).

texto de que era extranjero, y adquiria el derecho de platicar con ellos para la salvacion de sus almas.

4.º Se hacia nuestro modelo, nos enseñaba la obediencia á las leyes de Dios, nos inspiraba horror por el pecado, y se hacia nuestra víctima.

III. Disposiciones para la fiesta. — Nuestro deber es penetrarnos de los sentimientos del Salvador y aprovechar las lecciones que nos da en este dia; para ello esforcémosnos 1.º en concebir un vivo horror por el pecado, que somete á este tierno Niño á tan dolorosa ceremonia; 2.º en desprendernos sinceramente de las cosas criadas, y en vigilar con cuidado nuestros sentidos, á fin de preservarlos de la seduccion por los objetos exteriores; 3.º en unir nuestros corazones al de María. ¿Quién podrá expresar los sentimientos de aquella tierna madre al ver correr las primeras gotas de la sangre de su Hijo? Como Jesús y María ofrezcámonos en holocausto al Señor; sometámonos con fidelidad y respeto á todas las santas prácticas que su ley nos impone, y aceptemos sin murmurar las penas y trabajos que su Providencia nos envia; estos deben ser en tan instructiva y tierna festividad nuestros sentimientos y disposiciones.

Era costumbre entre los judíos dar un nombre al niño el dia de su circuncision, y en efecto, ¿no era justo que en el momento en que el Hijo del Hombre era inscrito en el número de los hijos de Dios, honrado con su alianza, colmado de sus dones y hecho heredero de sus promesas, tomase un nombre que recordase tan gloriosa adopción y el sublime carácter de que se hallaba revestido? Por esto nuestro Señor quiso tomar su augusto nombre al ser circuncidado, para someterse en todo no solo á las leyes, sino tambien á las piadosas costumbres del pueblo de Dios, y para enseñarnos con qué fidelidad debemos conformarnos con las prácticas religiosas y con los ritos de la Iglesia. Mas ¿qué nombre tomará? ¿quién es el que tiene derecho para imponerle uno? Á los padres toca el dar nombre á sus hijos, y los nombres mas convenientes son los que designan mejor las calidades esenciales de las cosas á que se aplican; de aquí se sigue que ninguna criatura en el cielo ni en la tierra, ni aun José ni María, podian nombrar dignamente al Hijo de Dios, en cuanto ninguna era capaz de comprender la excelencia de su naturaleza y la dignidad de sus funciones; solo Dios Padre podia dar á su Hijo un nombre que expresase perfectamente su adorable carácter.



Por esto es que el Padre eterno encarga á un príncipe de su corte que anuncie en la tierra el nombre de su Hijo; y el arcángel Gabriel, honrado con tan augusta mision, participa á Maria su maternidad divina y el nombre que debe dar al Hijo que de ella nacerá <sup>1</sup>, nombre que tambien fué revelado á san José en otra circunstancia <sup>2</sup>. Hasta entonces aquel adorable nombre solo era conocido del eterno Padre, de los Ángeles, de Maria y de José; mas llegado es el momento de revelarlo al mundo.

IV. Nombre de Jesús. — El Dios Padre, que desde lo alto del cielo contemplaba á su amado Hijo sometido á la humillante y dolorosa ceremonia de la circuncision, rompe de repente el silencio y le da un nombre con el que le declara exento de pecado, la inocencia y la santidad mismas, el principio de salvacion para los hombres todos. ¿Quereis saberlo? Humillad, pues, vuestra frente en el polvo, porque al oirlo todas las rodillas se postrarán eternamente en el cielo, en la tierra y en los infiernos <sup>3</sup>. Jesús, es decir, Salvador, tal es el nombre del Hijo de Dios, nombre de poder, de amor y de victoria <sup>4</sup>.

El nombre de Jesús es un nombre de *poder*, pues nos recuerda á Aquel por quien todo ha sido criado; al Verbo de Dios que sostiene al mundo en la palma de su mano; al Rey de los reyes y Señor de los señores, cuyo reino espiritual es de todas las naciones y de todas las edades; al Cordero dominador del mundo, para quien fueron hechos los siglos todos; para quien los reyes y los pueblos son, de grado ó por fuerza, como el baston en la mano del viandante, ó como los servidores bajo el poder de su dueño, servidores que eleva y glorifica si le son fieles, y que arroja y rompe como débiles vasos si se atreven á rebelarse contra él.

Nombre de *amor*. El solo sonido de las dos sílabas que componen el nombre de Jesús excita nuestra atencion y nuestro reconocimiento hácia el Autor de nuestra salvacion, el cual se hizo hombre para elevarnos hasta él, que nació en un establo, que lloró, que fué perseguido, calumniado, acusado, bafado, azotado y crucificado por

<sup>1</sup> Luc. i, 31.

<sup>2</sup> Matth. i, 21.

<sup>3</sup> Philip. ii, 10.

<sup>4</sup> Absconditur in præsepio, sed præditur radiante stella de cælo, sic et circuncisio veritatem susceptæ probat humanitatis; et nomen quod est super omne nomen gloriam indicat majestatis. (S. Bern. *Serm. in Circ. n. 2*).

nosotros; el cual, para reconciliarnos con su Padre, resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos donde es nuestro abogado y mediador; el cual, finalmente, para consolarnos y alentarnos, se hizo el compañero de nuestra peregrinacion, permaneciendo noche y dia en nuestros altares.

Nombre de *victoria*. Jesús significa salvador, conquistador, triunfador: el hombre y el mundo habian caido bajo el poder del demonio, y el espíritu rebelde tenia encadenada su presa hacia cuatro mil años; el usó que de su poder hacia, ¡Dios lo sabe! mas el Hijo del Padre descendió del cielo para lanzar al usurpador, romper su yugo y librar al universo cautivo: su nombre recuerda su victoria, y Jesús es nuestro Salvador en la acepcion mas lata de esta palabra.

Salvador del mundo entero, pues salva nuestro espíritu del yugo del error y de las supersticiones humillantes, infames y crueles; salva nuestro corazon de la tiranía de las pasiones; salva nuestro cuerpo de los males que durante el Gentilismo pesaban sobre él, y le comunica el gérmen de la gloriosa inmortalidad; salva al hijo, al esposo, al padre, á la sociedad, en una palabra, todo. Si el Salvador hubiese tardado algun tiempo mas en venir al mundo, la sociedad parecia sin remedio, y hoy nos impide caer de nuevo en el abismo en que nos hallábamos sumidos, pues Jesús es *aun* nuestro Salvador, el Salvador del mundo entero; sin Jesús el mundo físico se sepultaria otra vez en el caos tragado por nuestros crímenes <sup>1</sup>; sin Jesús el mundo intelectual quedaria de nuevo envuelto al momento en las tinieblas del error, así como la tierra al desaparecer el sol del horizonte; sin Jesús el mundo moral se abismaria al instante en la cloaca del vicio y de la corrupcion, del mismo modo que el cuerpo se disuelve á ser abandonado por el alma, que los alimentos se putrifican al perder la sal que los conserva. La historia de los pueblos por espacio de diez y ocho siglos atestigua esta verdad.

Ahora bien, ¿es por ventura difícil de comprender que la más completa confianza, el más tierno amor, la alegría mas viva y el respeto mas profundo deben ser los sentimientos de nuestro corazon al pronunciar nuestros labios el adorable nombre de Jesús? Sea este nombre la primera palabra que proframamos al despertarnos, y la última al entregarnos al reposo, quedando impresa toda la noche en

<sup>1</sup> In hoc salus mundi tota consistit. (Odo Clun. *Opus. lib. II, c. 28*; san Li-gorio, *Selv. t. I, pág. 235*).



nuestra boca como un sello perenne; en nuestras tentaciones, en nuestros peligros, en nuestras penas, pronunciamos el nombre de Jesús, puesto que es todopoderoso para regocijar nuestro corazón y poner en fuga al demonio, tanto que Tertuliano permite á los gentiles derramar la sangre de un cristiano que invocando el nombre de Jesús deje de lanzar al demonio del cuerpo de cualquier poseso que le sea presentado <sup>1</sup>.

Contraigamos la laudable costumbre de pronunciarlo con frecuencia durante la vida, y sentiremos una grande esperanza al pronunciarlo por última vez en el momento de nuestra muerte; participemos de los sentimientos de aquel piadoso siervo de Dios, que exclamaba: «¡Oh divino Jesús! de Vos depende mi felicidad, mi vida y mi muerte; cuanto haré será bajo vuestra protección y en vuestro nombre. Si velo, Jesús estará delante de mis ojos; si duermo, respiraré su santo amor; si me paseo, será en la dulce compañía de Jesús; si me siento, Jesús estará á mi lado; si estudio, Jesús será mi maestro; si escribo, Jesús conducirá mi mano y mi pluma, siendo mi mayor placer trazar su adorable nombre; si hago oración, Jesús dictará mis palabras, animará mis acentos; si estoy fatigado, Jesús será mi reposo; si estoy enfermo, Jesús será mi médico y mi consuelo; si muero, será en el seno de Jesús; Jesús será mi felicidad, y su nombre mi epitafio.»

No solo estamos obligados á tributar homenaje al nombre de Jesús por gratitud, sino tambien para obedecer al eterno Padre, quien ha querido que á este nombre se doblasen las rodillas todas en el cielo, en la tierra y en los infiernos <sup>2</sup>; y de este precepto divino proviene la antiquísima costumbre de que los fieles manifesten su veneración por el santísimo nombre de Jesús inclinando la cabeza cada vez que lo oyen pronunciar. El segundo concilio general de Lyon celebrado en 1274 confirmó tan piadosa costumbre; algun tiempo despues, el papa Sixto V concedió veinte dias de indulgencia á los que animados de una sincera contrición inclinasen la cabeza al pronunciar aquel santísimo nombre, y en 1577 el mismo Pontífice concedió á todos los cristianos una indulgencia de cincuenta dias siempre que al saludarle usasen la siguiente fórmula, ya en latin, ya en lengua vulgar: *Alabado sea el Señor, Laudetur Jesus Christus*, ó que

<sup>1</sup> Apol. c. 23.

<sup>2</sup> Philip. II, 10.

contestasen; *Así sea, ó Por todos los siglos de los siglos, In sæcula sæculorum*. Tambien concedió una indulgencia plenaria en el artículo de la muerte á todos los que, teniendo hábito de saludar el nombre de Jesús y de María, repitiesen las saluciones en su interior, en caso de no tener fuerzas para articularlas. Estas indulgencias fueron confirmadas por el papa Benedicto XIII en 1728 <sup>1</sup>.

V. Antigüedad y razon de la fiesta de la Circuncision.—El profundo respeto que la Iglesia ha tenido siempre por el Salvador y por su adorable nombre es una prueba de la antigüedad de las fiestas establecidas en honor suyo; y si bien la solemnidad de la Circuncision no se halla mentada por primera vez hasta el segundo concilio de Tours en 567, es indudable que es mucho mas antigua, y que data á lo menos del siglo IV <sup>2</sup>, pues aquel Concilio dice expresamente que no hace mas que renovar las prescripciones de los antiguos Padres. Dicho concilio hizo esta fiesta mas célebre; ordenáronse oraciones mas difusas y prescribióse el ayuno, ó mejor un medio ayuno, cuya observancia era muy compatible con la solemnidad. Antiguamente era costumbre celebrar en dicho dia dos misas, una en honor de la Circuncision de nuestro Señor, y otra en honor de la santísima Virgen, á fin de que la divina Madre tuviese una parte en las fiestas que se celebran despues de Navidad en gloria de su Hijo, y de aquí es que en el oficio y en la misa se hallan muchos pasajes que se refieren á la santísima Virgen <sup>3</sup>.

Obsérvese aquí la inteligente solicitud de la Iglesia: el dia de la Circuncision, que corresponde al primer dia del año, era para los gentiles un dia de desenfreno; la Iglesia opuso á él el culto de Jesús sufriendo y llorando, y el de María su madre, la Madre de las Vírgenes, y tambien el ayuno y las santas plegarias <sup>4</sup>. Los gentiles honraban en dicho dia á su diosa *Strena* ó *Strenua*, por medio del

<sup>1</sup> *Historia de las indulgencias*, en 12.º París.

<sup>2</sup> *Ad calcandam gentilium consuetudinem patres nostri statuerunt, privatas in kalendis januariis fieri litanias, ut in Ecclesiis psallatur, et hora octava in ipsis kalendis circuncisionis Deo propitio celebretur. (Conc. Tur. ann. 567, can. 17, apud Labb. pag. 837; Tomas. De las fiestas, lib. II, c. 8).*

<sup>3</sup> Bened. XIV, pag. 18, n. 25.

<sup>4</sup> *Per istos autem dies ad hoc jejunamus, ut quando ipsi lætantur, nos pro ipsis gemamus. (S. Aug. in Psalm. xxxviii, et Serm. VII). — En otra parte, Serm. CXCVIII, 2 januar., el mismo Padre emplea toda su elocuencia para desviar á los cristianos de tales abusos: Acturus es celebrationem strenarum sicut paganus, lusus alea, et inebriaturus te? Quomodo aliud credis, aliud*



cambio de presentes á los que se les da el nombre de aguinaldos; semejantes fiestas, acompañadas de mil excesos, empezaban en Roma el día 17 de diciembre, y durante ocho días celebraban sus Saturnales ó fiestas de Saturno: en ellas los esclavos comían con sus señores y tenían la libertad de decirlo todo, siendo el fin de esa supersticiosa costumbre perpetuar el recuerdo de la fábula de la edad de oro en la que, según se pretendía, no había entre los hombres distinción alguna de clases.

Los mismos pueblos celebraban también las calendas, ó el principio de enero, con espectáculos tan extravagantes como licenciosos en honor de su dios Jano, el cual había dado su nombre al mes de enero y parecía dar principio al año, siendo este el origen de las profanas diversiones del primer día del año, de los Reyes y del Carnaval, á las que no vacilan entregarse muchos cristianos: los Concilios las condenaron severamente, y por san Isidoro de Sevilla y Alcuino sabemos que varias iglesias habían prescrito un ayuno para el día 1.º de enero, á fin de reprimir más eficazmente semejantes abusos <sup>1</sup>.

VI. Santificación del primer día del año.—El uso de los aguinaldos es lo único que resta de las antiguas prácticas en el primer día del año, y á pesar de su origen gentil, nada tiene en el día que sea contrario á la santidad del Cristianismo; por el contrario, puede ser la feliz coyuntura que reconcilie los miembros de una misma familia, y estreche los lazos de la caridad; á nosotros toca el santificarlo con la pureza de nuestras intenciones.

Lo mismo sucede con las felicitaciones de año nuevo, las cuales son para muchos palabras que el aire lleva y vanas fórmulas únicamente; mas ¿por qué no hemos de convertirlas en una cosa santa? ¿por qué no han de ser un deseo de nuestro corazón? ¿por qué no nos hemos de desear unos á otros un año verdaderamente feliz, es decir, feliz delante de Dios y para el cielo, santificado por el amor de Dios y del prójimo? Si las almas sencillas lo hacen, ¿por qué no

speras, aliud amas? Dant illi strenas, date vos eleemosynas; avocantur illi cantionibus luxuriarum, avocate vos sermonibus Scripturarum; currunt illi ad theatrum, vos ad ecclesiam; inebriantur illi, vos jejunate... Id. in appendice: Jam vero illud quale et quam turpe est, quod viri nati tunicis mulieribus vestiuntur, et turpissima demum demutatione puellaribus figuris virile robur effœminant: non erubescens tunicis muliebribus inserere militares lacertos, barbata facies præferunt, et videri fœminæ volunt.

<sup>1</sup> Lib. II de Offic. c. 10; Lib. de div. Offic. S. Aug. Serm. in Calend. Jan.

lo haríamos nosotros? Mas ilustrados que nosotros, en cuanto eran más cristianos, nuestros padres se dirigían felicitaciones mucho más completas que las nuestras, y en su cándida caridad se decían: *Os deseo un feliz año seguido de muchos otros, y el paraíso al fin de vuestros días.* Quizás os causará risa esta fórmula; pues bien, decid otra que sea más digna del hombre y del cristiano, ó mejor, reservad vuestros sarcasmos por los ridículos cumplimientos, por las mentidas palabras, por el vano ceremonial de los mundanos al dar principio al año, y si la moda no quiere que la fórmula de nuestros abuelos esté en nuestros labios, esté á lo menos en nuestro corazón, pues todas las demás son incompletas y falsas.

Así pues, la costumbre de felicitar el nuevo año á todas las personas á quienes amamos ó debemos consideraciones es muy digna de alabanza, si bien no hemos de olvidar á Aquel á quien deben dirigirse nuestros primeros votos. Sí, felicitemos el nuevo año á nuestro Padre celestial, y digámosle con confianza é infantil candidez: Dios mío, deséaos un buen año, un año en el que seáis conocido, amado y glorificado por todo el mundo. Ofrecámosle en aguinaldo nuestro corazón y un santo propósito para todo el año: pidámosle el suyo; sus bazares están provistos con abundancia, mas dejemos que él mismo lo escoja, pues su mano dirigida por su paternal corazón nos dará lo que sabe sernos de más utilidad.

Seamos, sobre todo, fieles á la tierna costumbre establecida en un Catecismo de Perseverancia que no os es desconocido. No ignorais que el día primero del año la presidenta en persona recoge las limosnas para el pequeño niño Jesús; dinero, naranjas, dulces, todo se recibe y se da en aguinaldo al niño Jesús en la persona de un pobre niño elegido de antemano. Esto no es una ficción; así pues, reanimad vuestra fe; en el Evangelio nuestro Señor no dice: Los pobres han tenido hambre; los pobres han tenido sed, sino que dice: Yo, vuestro Dios, tuve hambre, tuve sed; luego vuestros aguinaldos se dirigen al niño Jesús identificado con el pobre. ¡Ah! adoptad tan tierna costumbre, os lo ruego, pues además de atraer las bendiciones del cielo sobre el año que empieza, es tan dulce hacer feliz á un pobre niño, que sin vosotros vería, tiritando de frío y sin pan, gozar alegremente á los compañeros de su edad de todos los juegos y de todos los placeres.

Finalmente, el primer día del año debe inspirarnos graves pensamientos: el año que termina y cae como una gota de agua en el



océano de la eternidad, ¿ha sido turbado por mí con algun pecado? ¿Qué es lo que he hecho por Dios y para mi alma? ¿Soy mejor al fin de este año de lo que lo era en su principio? ¿De qué defecto me he corregido? ¿Qué virtud he adquirido? Si me fuese preciso dar cuentas, ¿qué méritos podria presentar? Y sin embargo, ¡cuántas y cuántas gracias he recibido!

La víspera y el día de año nuevo es conveniente confesar y comulgar como en viático; para ello se hace un exámen de un cuarto de hora, se rezan las oraciones de los agonizantes, y se hace la preparacion para la muerte; en una palabra, se procuran arreglar los asuntos de la conciencia, del mismo modo que los negociantes arreglan en la misma época las operaciones de su comercio. ¿Hasta cuando, Dios mio, serán mas precavidos los hijos del siglo que los hijos de la luz?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber derramado por mí las primeras gotas de vuestra sangre el dia de la circuncision; inspiradme un gran respeto y una ilimitada confianza en vuestro santísimo nombre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pronunciaré cada mañana al despertarme los santísimos nombres de Jesús y de Maria.*

LECCION XXX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Epifanía. — Sabiduría y utilidad del culto del niño Jesús. — Objeto de la fiesta de la Epifanía. — Tres manifestaciones del Salvador. — Número de los Magos. — Su profesion. — Estrella milagrosa. — Profecía de Balaam. — Antigüedad de la fiesta de la Epifanía. — Obligacion y modo de celebrarla. — Imitar á los Magos. — Anuncio de Pascua. — Torta de los Reyes.

Seis dias despues de la fiesta de la Circuncision agitan los aires el grave sonido de las campanas de las antiguas catedrales y el chillon y alegre campaneó de las aldeas; el campesino viste su traje de fiesta; el habitante de las ciudades se acicala mas que de costumbre; una numerosa muchedumbre llena las calles y caminos que conducen á la iglesia; nuestros altares ostentan una pompa extraordinaria; celébrase una nueva fiesta, y por la tercera vez en quince dias la Iglesia convoca á sus hijos en el establo de Belen. ¡Ah! los misterios de amor se suceden rápidamente en el asilo del Dios recién nacido.

I. Utilidad del culto del niño Jesús. — ¿Por qué, pregunta el hombre de mundo, ignorante y ligero; por qué poner sin cesar á la vista el triste espectáculo de ese pesebre, de ese establo, de ese Niño que llora y que sufre? El culto católico solo inspira lúgubres y amargos pensamientos; presenta sin cesar á la imaginacion de sus discípulos la vida pobre de Jesús; en una palabra, es un culto de tristeza y monotonía, inferior en mucho á la supersticion idólatra, la eual al menos solo ofrecia á los gentiles risueñas imágenes del placer y de la voluptuosidad.

Estos son los cargos; hé aquí nuestra defensa:

Es cierto que el Catolicismo nos recuerda sin cesar la vida pobre de Jesús; mas ¿qué ves en semejante moral, sabio del siglo, para escandalizarte tanto? Interroga la experiencia, da una mirada á la sociedad, y dime si esta moral, mejor que tus declamaciones, no conduce al hombre al desprecio de las riquezas y de los honores, al respeto de la indigencia? Su sueño favorito es la igualdad entre los miembros de la gran familia humana; pues bien, dime: ¿no es esta